

Alberto Blanco. *Amanecer de los sentidos. Antología personal. Lecturas Mexicanas. Tercera Serie 79.* México: CNCA, 1993.

Nada se puede perder en esta vida  
porque, después de todo,  
¿quién se ha perdido en ella para siempre? (214).

Imagen pura, suave y esencialmente sensorial es esta antología. Recuerdos y experiencias mezclados finamente con colores y olores. Por medio de una

nostálgica reflexión sobre el ser humano y su naturaleza sentimental, Blanco emprende la búsqueda de Dios y la naturaleza. Así pues, serán éstas sus temáticas recurrentes a lo largo de siete poemarios antologados: *Giros de Faros* (1979), *Antes de nacer* (1983), *Tras el rayo* (1985), *Cromos* (1987), *Canto a la sombra de los animales* (1988), *El libro de los pájaros* (1990) y *Materia prima* (1992).

*Giros de Faros* es la puerta abierta a la naturaleza: toda ella tranquilidad y belleza, enfrenta y derrota la vida citadina, el mismo arte es subyugado por ella:

El campo es un aliado:  
la espuma blanca del trigo  
sobre las olas de la hierba  
vale más que los ángeles  
cautivos de un retablo (30).

“Tríptico Blanco”, “Tríptico Azul” y “Tríptico Verde” logran transmitir esa tranquila espiritualidad de la naturaleza: el mirar lento, el aroma viaja libre por el viento y “un molino hace girar sus aspas de oro”, que nos permite recuperarnos como seres biológicos, seres pertenecientes a una creación divina, capaces de admiración y valoración:

Hay mañanas  
en que bajas al río y te tiendes  
a escuchar en la corriente  
la voz amorosa del mar (25).

Blanco nos invita a visitar lugares que asfixian los sentidos. Aparece la represión de la tranquilidad por la violencia, pero las imágenes suaves y sugerentes persisten recrudesciendo la percepción del lector; así pasamos de azules, verdes y blancos cálidos a :

... el viento  
que muestra los colmillos rojos (31).

Los autos, los postes, los días, la vida misma es sofocante en la ciudad; es ésta una vida de pobreza y miseria marginales:

[los borrachos] Perdidos debajo de los coches  
duermen: el estacionamiento  
promete el calor de los escapes (33).

Después vendrá la reflexión nostálgica, la añoranza histórica de los adoradores de la naturaleza: Palenque, Tulum, Akumal: “Nada compensa los soles magníficos, los campos azules coronados de gallos, / el salón de los espejos donde parió la cierva” (45).

El amor a la naturaleza no lo es todo, es más bien una añoranza, una respuesta a una pregunta todavía no expresada. *Giros de Faros* prepara el camino para una reflexión profunda sobre la creación (humana y artística). Estas cuestiones se exponen claramente en *Antes de Nacer*, *Tras el Rayo* y *Cromos*. El primero tiende a la creación y destrucción divinas. Los dos poemarios subsiguientes equiparan esa creación divina con la creación artística que todavía continúa un arduo camino de búsqueda de una respuesta que Blanco cree encontrar en la divinización, no de un Dios creador, sino en una naturaleza que provee todo con gran sabiduría. No en balde, después de ser presentada esta problemática, Blanco regresa en 1988 y 1990 con la misma respuesta: la alabanza de la naturaleza: *Canto a la sombra de los animales* y *El libro de los pájaros*.

*Antes de nacer* es el inicio de la búsqueda. El primer acercamiento al tema de la divinidad, persistente a lo largo de toda la obra poética posterior de Blanco. Enos, hijo de Set, se presenta al principio de cada una de las cuatro partes que forman el libro, que a su vez son las cuatro direcciones del universo (Norte, Sur, Este, Oeste). Este poema representa el camino entre lo que ha muerto y lo que persiste en la tierra:

ámbar potable visiones de una vida que retorna al huevo (62).

El poemario tiene, pues, un carácter circular y totalizador: “el principio es el fin y el fin, el principio”. El origen y el fin es la creación: creación artística, literaria, que es equiparada con la creación divina. La búsqueda de la verdad realizada por Adán-Caín-Set-Enos es continuada por los artistas que, paradójicamente, buscan la naturaleza como inicio de la razón.

*Tras el rayo* continuará esa tarea equiparadora, más claramente en la serie de poemas intitulados *Las jaulas de la creación*: “Caen palabras, hojas de vanos intentos, / sin color suficiente, pero la gravedad / todo lo devuelve purificado a la ventana” (72).

*Cromos*, de 1987, es el poemario que más imágenes contiene. Las referencias religiosas se hacen más concisas y exactas, además posee una diferencia mínima con los anteriores libros: el hombre está ligado con Dios y la naturaleza. Ya no es sólo una equiparación basada en la tarea creadora, sino más bien trata de la relación establecida entre estos tres conceptos. Así nos encontramos con reflexiones ontológicas que involucran a la divinidad (su

vida y su muerte), por medio de cuestionamientos o afirmaciones, directamente con la naturaleza humana:

No me toques Señor.  
Ya estaba dividido este jardín  
cuando nací con mis limitaciones (106).

La naturaleza y su relación con la divinidad es tratada de manera directa, por medio de ese diálogo infructuoso que parece una pregunta sin respuesta, pero a su vez, deja una profunda reflexión sobre la necesidad de explicar la naturaleza: su perfección, y hasta sus posibles fallas, por medio de una responsabilidad creadora de un Dios que no comparece directamente más que por su propia obra:

Un resplandor alcanza altura  
y montañas dulcemente silenciosas.  
Siluetas en el horizonte  
callado, callado  
regreso  
a la casa del Padre (115).

La naturaleza se ha transformado brevemente en el mismo paraíso, en el mismo cielo: “Todas la direcciones / llevan a esta casa, que es / inmensa: ¿Qué es el hombre / en medio de esta inmensidad?” (121). Importante, a mi parecer, es la relación hombre-Dios, ya que introduce una voz poética en primera persona. Existe una profunda personalización en *Cromos*, que va a perfeccionarse en *Materia Prima*. Esta voz poética se cuestiona, se arrebata, se desmiente, pero jamás —y esto es muy importante— renuncia a su esencia “natural” y, por ende, divina. La aparición de esta personificación sólo demuestra una cosa: el hombre es parte de la naturaleza y, por lo tanto, también es parte de la creación, su relación con Dios debe manejarse por medio de la valoración de la naturaleza y por medio de ella reconocer su propio carácter divino (pues no hay que olvidar que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios):

¡Oh combustible Estelar, danos el sustento!  
Que no falte al verano la luz de un laberinto  
Dispuesto a escuchar esta canción de amor (113).

Si el hombre es capaz de reconocer esta relación y de no renunciar a ella logra dos cosas de máxima importancia: la primera, vivir en armonía con la

naturaleza; y la segunda, resultado directo de la primera, consiste en poder crear, de igual manera que Dios, pues éste, al hacer participe al hombre de su naturaleza, también le confiere poder creador:

Las formas buscan su forma  
la forma busca su disolución.  
Así es la vida...  
ahí donde aparece el Arte  
desaparece el hombre (144).

*Materia prima* se ocupará ampliamente del primer punto. Se centrará en el vivir cotidiano del hombre, en su sentir, en su madurar, e incluso su decadencia. “La vida en el diamante” es una gran metáfora de la vida, los mismos epígrafes reflejan su movimiento. De una manera muy personal, por medio de sus propias experiencias, Blanco recrea el crecimiento, la madurez, el sufrimiento en la vida y las añoranzas del hombre:

¿Cuántas posibilidades contra una  
para que un ser humano deje de sufrir? (195).

El sufrimiento comienza a perfilarse a partir de aquí como un tema recurrente, pero más que nada es éste un sufrimiento tibio, que se asocia con la timidez; es un sufrimiento visto a la distancia; separado ya por el tiempo puede valuarse con más sabiduría y, además, se da paso a la nostalgia con los versos del “quizá”.

Quizá si se hubiera lanzado sobre el batazo...  
Quizá si la bola... (195).  
Quizá si en lugar del toque...  
Quizá no aprenderemos nunca la lección... (196).

El sufrimiento empieza a ser tratado en la decadencia de la ciudad, que es calificada como oscura, inconstante y además no tiene salvación, pero Blanco nos deja mudos con una posibilidad introducida de súbito:

Sin embargo, se aferra...  
se prepara... se fortifica... (215).

Entonces este sufrimiento no hay que tomarlo muy en serio porque en realidad “no pasa nada...” (198) nos dice Blanco, porque si el hombre ha conseguido encontrar una unión armónica con Dios y la naturaleza y por

tanto es capaz de crear, no puede perderse tan fácilmente ya que ha conseguido una identidad, ha encontrado una respuesta y por tanto la vida no puede ser un continuo calvario, sino más bien un “amanecer de los sentidos”, que provoca un encontrarse y no un perderse. Recordemos: “Nada puede perderse en esta vida” (214).

VERÓNICA VELÁZQUEZ CHÁVEZ  
*Facultad de Filosofía y Letras, UNAM*